

ACTO CUARTO

Lujoso gabinete de Bárbara en Castel-Términi. En el primer término, á la derecha, puerta pequeña que conduce á la alcoba; frente á ésta, primer término de la izquierda, puerta grande por donde se va hacia la capilla del palacio. Ambos huecos se cubren con riquísimo y ancho cortinaje. Al fondo, gran arco que da á una galería por donde entran los que vienen del exterior. Por las ventanas abiertas de la galería se ve el jardín. Sillas y mesas de estilo griego; adorno de estatuas de mármol y bronce. Es de noche. Lámparas magníficas alumbran la escena.

ESCENA PRIMERA

HORACIO, impaciente, paseándose y hablando solo; SILVIO esperando órdenes.

HORAC. — ¡Restablecer el derecho perturbado! Dificil problema... el más grave que me han planteado en fatal combinación personas y cosas. Quiero hacer perdurable mi amistad con el Príncipe; quiero la paz de la Condesa...

SILVIO. — ¿Ordenáis algo más?

HORAC. — Dirás en casa que no me muevo de aquí, de Castel-Términi, hasta que... (Vuelve á caer en su meditación.)

SILVIO. — ¿Habéis determinado que esta noche...?

HORAC. — Esta noche y mañana saldrán de Siracusa dos naves... dos gallardas naves...

SILVIO. — Ya... Irán hacia Oriente.

HORAC. — No... cada cual tomará su rumbo. (Cambiando bruscamente de idea.) Pero esa mujer, esa mujer... ¿Todavía no han podido Cornelia y Filemón sosegarla, traerla á su palacio?

SILVIO. — Ya os he dicho que al anoecer se había calmado la exalta-

ción de la Condesa. Divagaba por campos y ruínas acompañada del arqueólogo y su mujer... El Príncipe la seguía. ¿Queréis que vuelva yo...?

HORAC. — No... Vete á la Ciudadela. Ya estarán allí Monseñor Selinonte y Montanari con órdenes precisas referentes á ese místico exaltado, á ese español sin seso... Entérate de lo que han hecho y ven á decírmelo... Pronto.

SILVIO. — Al instante. (En la puerta del fondo.) Aquí llega el Príncipe.

HORAC. — ¿Solo?

SILVIO. — Con el Capitán de Guardias que habéis puesto á sus órdenes.

HORAC. — Que el Capitán espere en la galería. (Entra Demetrio. El Capitán que le acompaña y Silvio desaparecen en la galería.)

ESCENA II

HORACIO, DEMETRIO.

DEMET. — Horacio, ¿dónde te metes?

HORAC. — Aquí estoy esperándoos... Contadme... Fuisteis tras la Condesa... La alcanzásteis al fin en las ruínas del templo de Ceres.

DEMET. — Sí. (Rabioso.) ¡Por San Isaac bendito! ¿Crearás que cuando la tuve al alcance de mi mano me sentí medroso, sobrecogido?

HORAC. — ¡Ay, ay!... Mal sienta al gigante la timidez.

DEMET. — Es mi rudeza, mi barbarie, que me ata la lengua y me enciende el rostro cuando tengo que requerir por lo fino á una mujer de alta clase. (Da una patada.) ¡Maldita cortedad!

HORAC. — ¿Y ni siquiera supisteis observar...?

DEMET. — La ví, Horacio, bien de cerca; la escuché... Lléveme el diablo si no está su razón enteramente perdida.

HORAC. — No penséis tal, Príncipe; no, no.

DEMET. — (Con fiereza.) Cállate, renegado, y no me busques el genio. Hicimos un trato, que por tu parte no has cumplido.

HORAC. — Bárbara será vuestra.

DEMET. — (Remedándole.) ¡Bárbara será vuestra! ¡Ah, marrullero! Al cambiarte mis estatuas por una mujer, entendí que esta mujer había de estar en su sano juicio. ¿Pues qué, mis estatuas no son de ley? ¿Porque á alguna de ellas le falte la cabeza, has querido tú encajarme una mujer sin seso?

HORAC.—Por Dios, Príncipe, no hay tal locura. Trátase de una desazón fugaz. Es lo que la moderna ciencia llama *vapores*, turbación que de las entrañas sube al cerebro. Afectadas de este achaque suelen estar las viudas; pero se curan cuando dejan de serlo.

DEMET.—Según eso, yo...

HORAC.—Seréis sin duda su mejor médico. Bárbara os amará; seréis dichoso.

DEMET.—(En éxtasis.) ¡Ah!

HORAC.—Lo aseguro, lo garantizo; fijaos en que está necesitada de cariño, de homenajes persistentes, delicados. Poned gran empeño en no pareceros moralmente á vuestro hermano, ya que en la figura y rostro sois semejantes.

DEMET.—Ya, ya... Mi semejanza...

HORAC.—No fué otro, señor, el motivo de la grave turbación de la Condesa esta tarde...

DEMET.—(Caviloso.) ¡Mi semblante, mi fachal!

HORAC.—¡Padeció tanto la infeliz en su primer matrimonio!

DEMET.—Pero en mi corazón, en mí... en mi trato familiar no hallará, no, la misma semejanza.

HORAC.—Cierto. Mas para eso, aprended á prodigar la ternura, el halago, el mimo...

DEMET.—¿Y cómo es el mimo?

HORAC.—El amor os lo irá enseñando.

DEMET.—¡Mimos yo, con esta cara... y estas manazas...!

HORAC.—Vuestra misma rudeza os dará naturalidad, y el aire ingenuo que tanto agrada á las hembras.

DEMET.—¿De veras? (Con risa infantil.) ¡Yo!... ¿Crees...?

HORAC.—Seguid, seguid contándome... Bárbara salió de las ruínas y con paso incierto corrió por el campo.

DEMET.—Con ella iban Cornelia y Filemón... yo detrás. Llegamos á un ribazo todo cubierto de flores... Era como un tapiz lindísimo... amapolas, adormideras, narcisos silvestres. Entre tantas flores, Bárbara escogía las adormideras y llenaba con ellas su falda.

HORAC.—¿Nada más que adormideras?

DEMET.—Nada más... Después, sentada al pie de un ciprés de tronco robusto, de follaje espeso, tan alto que parecía tocar el cielo, se adornó con flores la cabeza, el seno... ¡Qué divinidad! En ello empleó un rato, presumida, risueña, colocando cada flor con esmero, con arte.

HORAC.—(Vivamente.) Desgraciado, ¿no visteis la ocasión de acercaros, de hablarla?

DEMET.—Sí, Horacio, sí... me acerqué despacito, despacito. Volvió Bárbara la cabeza y me vió...

HORAC.—No extrañarías que se asustara un poco...

DEMET.—No se asustó. Su mirada me revelaba curiosidad, compasión; miedo no...

HORAC.—Debísteis proceder con bizarría, inclinándoos respetuoso, cogiéndole una mano...

DEMET.—Pues mira, lo pensé, lo pensé, lo pensé. Alargué yo mi mano para coger la suya... pero... no me atrevía... me atrevía... vuelta atrás. No hice más que tocar su mano con mis dedos, y al punto los retiré como si me hubiera quemado.

HORAC.—¡Qué simpleza! ¡Si llego yo á estar allí...! Y por supuesto, no dijisteis nada.

DEMET.—Sí, sí... dije... «Bárbara.» Pero la voz me salió tan bronca, que de oírlo me asusté yo mismo. Ella se levantó de súbito, dió algunos pasos, volvió á mirarme sin temor, Horacio, sin temor ninguno... y cuando yo me acerqué de nuevo, tomó la palabra Filemón para endilgarle un sermoncillo pagano, que ella escuchaba muy atenta.

HORAC.—En efecto: encargué yo severamente á Filemón que aproveche las aficiones paganas de la Condesa para sosegar su espíritu y...

DEMET.—(Interrumpiéndole furioso.) ¡Por David y su arpa, no... no!... Los embustes gentílicos, antes que medicina, son mayor veneno para las molteras trastornadas. ¡Al diablo Júpiter y toda su parentela... dioses ladrones... diosas impúdicas!

ESCENA III

Los mismos.—FILEMÓN, presuroso por el fondo.

FILEMÓN.—¿Qué decís, señor, de los pobrecitos dioses?

DEMET. (Iracundo.) Digo... que si vuelve ó no á su casa la señora Condesa.

HORAC.—Eso te pregunto: ¿por qué no la traéis ya?

FILEMÓN.—Calma, señor Intendente; calma, Serenísimo señor... Bárbara recobra poco á poco su sér normal. Todo ha sido un desvarío pasajero, producido por la sorpresa, por la emoción, por...

DEMET.—Por vuestros delirios mitológicos... (Iracundo, altanero.) Ea, basta de monsergas... Entre el arte pagano y el arte de la justicia, también á mí me estáis volviendo loco... No más, no más. Horacio, hicimos un pacto... ¿Lo cumples ó no?

HORAC.—Lo cumplo.

DEMET.—¿Cuándo?

HORAC.—Más pronto de lo que creéis.

DEMET.—Mira lo que dices.

HORAC.—Sé lo que digo. Me dísteis plenos poderes...

DEMET.—Sí.

HORAC.—Me dísteis autoridad sobre vos mismo.

DEMET.—Sí: yo prometí obedecer ciegamente tus disposiciones... ¿Qué debo hacer ahora?

HORAC.—Ir á mi casa, á la vuestra, y recoger y ordenar, guardándolo en cajas y estuches, vuestro inmenso caudal de perlas, de piedras preciosas... Ya me dijísteis que pensábais ofrecerlo á Bárbara como regalo nupcial...

DEMET.—Cierdo... (Suspense, receloso.) ¿Pero es tan urgente...?

HORAC.—Sin duda...

DEMET.—¿De veras...? Horacio, ¿crees tan próximo, tan inmediato mi...?

HORAC.—Inmediata veo vuestra felicidad cuando os digo que dispongáis todo como si fuérais á emprender un viaje.

DEMET.—Por la cabeza de Holofernes, quieres embarcarme, quieres zafarte de mí...

HORAC.—Os he dicho que pronto cumpliré lo pactado.

DEMET.—¿Mañana?

HORAC.—Antes... Esta noche.

DEMET.—(Estupefacto, siempre receloso.) Esta noche... ¿Te burlas, Horacio? ¡Cómo es posible...! ¿Sueñas tú? ¿Sueño yo?

HORAC.—Esta noche ó nunca.

DEMET.—Repítelo. (Acercando su rostro al de Horacio.) Vea yo de cerca tu rostro... Repítelo...

HORAC.—(Gravemente.) Esta noche ó nunca.

DEMET.—Mira que nadie en el mundo se ha mofado impunemente de este hombre sencillo y fiero... Mira que si me burlas no te valdrá tu poder, no te valdrá tu autoridad... Explicame... ¿Qué harás... qué...?

HORAC.—(Con arrogancia.) No explico nada... Obedeced ciegamente como prometísteis.

DEMET.—¿Bárbara...? ¿Dices que esta noche...?

HORAC.—Será vuestra esposa.

DEMET.—¿Con libre consentimiento?

HORAC.—Sí.

DEMET.—¿Y de la cabeza...?

HORAC.—Bien. Llevará su juicio sano... juicio de mujer.

DEMET.—Tú me engañas... ¿Qué tramadas, qué intentas? Debo saberlo, debo enterarme... Aquí me planto.

HORAC.—Iréis á casa... y volveréis cuando yo lo determine; antes no.

DEMET.—Con pretexto de mis alhajas quieres alejarme. (Bufando.) Bien: en tu casa te espero. ¡Ay de tí si...! (Dirigese al foro.)

HORAC.—Aguardad, que aún tengo algo que mandaros.

DEMET.—(Furioso, descompuesto.) ¿Qué es esto? ¿Que me vaya, que vuelva...! ¿Me tomas por un zarandillo? ¿Estoy aquí de monigote para que juegues conmigo y hagas reír á la gente? (Gritando.) Ya no sufro más tus burlas... Entiéndelo, truhán. Soy quien soy... sé imponer respeto á los inferiores, aunque sean Intendentes... (Rugiendo.) ¡Por Judas, por Jonás, yo te juro que si me irritas...! (Sigue vociferando y gesticulando.)

FILEM.—(Aparte á Horacio, al otro extremo del proscenio.) Señor, ¿no teméis que se desborde su ira?

HORAC.—(Aparte á Filemón.) No hay cuidado... Verás á la fiera obediente al látigo del domador. (Alto, con acento paternal, cariñoso.) Príncipe... venid aquí.

DEMET.—(Sigue rugiendo, crispados los dedos, la mirada feroz; sus voces son casi inarticuladas.) ¡Si me burlas te arranco el alma... y te...!

HORAC.—(Con voz serena, de autoridad sugestiva.) Acercaos... os lo mando.

DEMET.—(Se acerca lentamente, con más sofocados rugidos, encorvando el cuerpo, apretando los puños.) ¡Por la Madona de Sitza!... ¡Por las ternillas de Júpiter!... (Llega junto á Horacio.)

HORAC.—Venid á mí... deaos acariciar de vuestro amigo. (Le da palmaditas en el hombro.) Serenaos. Oid mis nuevas órdenes. Sé que tenéis en el puerto alguna de vuestras naves...

DEMET.—(Cambiando súbitamente de la ira á la sorpresa.) Tengo tres; entre ellas la mejor que poseo.

HORAC.—Disponed que esté lista para darse á la vela...

DEMET.—¿Cuándo?

HORAC.—Antes de amanecer. Partiréis en ella con vuestra esposa...

DEMET.—(Con gran viveza.) ¿Es verdad lo que dices? (Efusivo y sin cólera.) ¡Horacio, gran Horacio...!

HORAC. —Partiréis digo...

DEMET. —¡Y saldremos ella y yo en mi barco por el libre mar! ¡Oh delicia! (Recloso otra vez.) ¡Horacio, Horacio!

HORAC. —Haced lo que os manda el que es por esta noche vuestro tirano.

DEMET. —(Vivo y alegre.) Sí: todo estará dispuesto. Y partiremos para Oriente... Visitaremos Constantinopla, Egipto, Palestina...

HORAC. —Permitid al tirano que os marque la derrota que habéis de seguir. Iréis hacia Poniente...

DEMET. —Bueno, bueno... Malta, Túnez, Argel...

HORAC. —Y no perdáis tiempo.

DEMET. —Tiempo, tiempo, no te me escapes... (Vase corriendo por el foro.)

ESCENA IV

HORACIO, FILEMÓN.

FILEM. —¿Y no teméis que algún indiscreto le revele esta noche la peligrosa historia... el español Acuña... la pasión de Bárbara..?

HORAC. —(Inquieto, paseándose.) Todo está previsto. El Capitán de guardias que le acompaña tiene orden de cerrar el paso á las indiscreciones... Nadie le dirá lo que no debe saber. Debajo de esas apariencias de hombre terrible que se come el mundo, se esconden la inexperiencia y la credulidad de un niño. Corazón excelente... alma sencilla... Si así no fuera, ¿crees tú que yo...?

FILEM. —Sois la suprema agudeza.

HORAC. —¡Inmenso problema, Filemón!

FILEM. —Sí... no es mal nudo el que habéis de desatar, por Jano y sus caras.

HORAC. —Ilumíneme Dios... Y tú has de ayudarme... ayúdeme también tu esposa... Cuenta con que yo... mejor dicho, el Príncipe, te costeará la impresión.

FILEM. —¡Oh! *Tesoro Enciclopédico, Sinóptico y...* Adelante, señor. Contad conmigo. (Entran Silvio y Montanari por el foro.)

ESCENA V

Los mismos.—MONTANARI, SILVIO.

HORAC. —(Vivamente.) ¿Qué hay?

SILVIO. —Todo está hecho como lo mandásteis.

HORAC. —(A Montanari.) ¿Fué contigo Monseñor Selinonte?

MONT. —Sí, señor: confesó al reo como si se le dispusiera para una bella muerte...

HORAC. —Y una vez confesado, le notificaste su indulto...

MONT. —Fundado en que de las nuevas indagaciones resulta dudosa su culpa...

HORAC. —Indultado con la condición precisa de que ha de partir con los peregrinos franciscanos que salen para Tierra Santa... Aceptaría esta solución con gratitud, con júbilo.

MONT. —Sólo dijo: «Hágase la voluntad del Señor.»

SILVIO. —Y no vimos en su rostro ascético señal de alegría ni de pena.

HORAC. —Bien: la peregrinación sale mañana.

FILEM. —Esta noche: me lo ha dicho el Prior. Al Calvario vendrá en procesión la Comunidad franciscana. De aquí bajarán los peregrinos al puerto, donde tienen prevenido el barco que ha de conducirles á Jafa.

HORAC. —Allá nos esperen luengos años.

SILVIO. —Oid, señor, lo restante.

HORAC. —¿Qué?

MONT. —Lo de mayor interés... Recatándose de nosotros, habló Leonardo de Acuña con Monseñor Selinonte.

SILVIO. —Fué como una segunda confesión.

MONT. —Luego pidió pluma y tinta... sacó del pecho un librito, en cuya primera hoja escribió breves palabras.

SILVIO. —(Sacando de su bolsillo el librito.) Vedle aquí. Escrito lo que veréis, dió el libro á Monseñor, rogándole que lo ponga en manos de la Condesa... Monseñor me ha hecho portador del encargo para que vos...

HORAC. —(Con viva curiosidad.) ¡Oh, precioso mensajero...! (Contemplando en la tapa la Cruz dorada, que indica que es libro religioso.) Es un Kempis.

FILEM. —La Imitación de Cristo...

HORAC. —(Con religioso respeto, abriendo el librito.) Aquí expresó el espa-

ñol amorosa despedida... quizás la voluntad postrera ó la sana recomendación del hombre que abandona para siempre las vanidades del mundo... (Lee en voz queda.) «Dios quiere que yo viva... Abrazo vida de penitencia.» (Cierra violentamente el libro.) No... Ni vosotros ni yo debemos leer esto. No profanemos el íntimo secreto de dos almas que deshacen su abrazo de amor y se separan, se divorcian, con resolución de no encontrarse jamás en los caminos del mundo. ¿Conocéis algo más digno de respeto que el adiós de dos amantes que al separarse se dan cita en la Eternidad?... Esto es hermoso y triste... ¡Oh, vida humana! ¿qué hay en tí que no sea tristeza? (Con súbita animación, guardando el libro.) Ea, las horas vuelan... La Condesa tarda... Corre, Filemón, y tráela al instante.

FILEM.—Al instante.

HORAC.—(A Montanari.) Tú, manda preparar la capilla. Que venga Monseñor... pronto, pronto.

FILEM.—(Desde el foro.) Ya llega la Condesa... ya entra en el jardín.

HORAC.—(Con más prisa.) Que venga toda la clerecía... toda la curia.

MONT.—Está bien. (Vase por el foro.)

HORAC.—(A Silvio.) Corre á casa. No pierdas de vista al Príncipe... Aquí le aguardo. (Saca el libro, y lee un instante para sí. Aparece Bárbara con Cornelia y Rosina. Detiéndose en la puerta... Trae la cabeza y seno adornados con adormideras. Horacio, de espaldas al foro, no la ve. Cierra el libro; gozoso pronuncia breves palabras.) ¡Venturoso pensamiento! ¡divino mensaje! (Al ver á Bárbara, se coloca á la izquierda.)

ESCENA VI

LOS MISMOS.—BÁRBARA, CORNELIA, ROSINA y DOS CRIADAS de la casa de Términi. Estas y Rosina, á una señal de Cornelia, se retiran por la galería.—Entra Bárbara con paso lento, el mirar triste. Desde la puerta, fija en Horacio sus ojos con temor y de él no los aparta. Avanza lentamente, como una estatua que anda. Toma la dirección de la alcoba, queriendo evadirse de Horacio.

HORAC.—¿Qué teméis, señora?

CORNEL.—En tu casa no hallarás sino amigos fieles... (Sigue Bárbara avanzando lenta y muda, como estatua. Alza la cortina de su alcoba. En tal actitud vuelve á mirar á Horacio.)

HORAC.—Señora, vuestros amigos más cariñosos os rodean. ¿No queréis vernos? ¿No queréis recibir nuestros homenajes? (Bárbara permanece en la misma actitud. Filemón acude á ella.)

FILEM.—Ven, hija mía; descansa entre nosotros. (Suelta Bárbara la cortina.)

CORNEL.—(Aparte á Horacio.) La fuerza de su delirio ya pasó. Está serena y triste, dominada por la idea de un morir próximo.

HORAC.—No combatamos por el momento esa fúnebre idea. (Cornelia y su marido llevan á Bárbara á un sillón de respaldo bajo. Al dejarse caer en el asiento, lanza un gran suspiro, fijando su mirada en el suelo.)

CORNEL.—(Colocada detrás del sillón, la acaricia.) Angel, por tí velamos; no nos separaremos de tí...

HORAC.—(Acercándose á Bárbara con respeto y cariño.) Y aunque no queráis, señora, os daremos la salud, la paz.

FILEM.—¿No ves á Horacio?

CORNEL.—¿No quieres verle? (Bárbara no aparta del suelo sus ojos.)

HORAC.—Ya no conoce á sus más fieles amigos.

BÁRB.—(Alza la vista; abandona su mano en la de Horacio.) Te conozco, sí... Eres el Destino.

HORAC.—El Destino soy si así lo queréis.

BÁRB.—El Destino, que tiene encadenado al Tiempo y lleva los días presentes á los días pasados.

HORAC.—En muchos casos, esta retroacción del Tiempo es inevitable, salvadora... Decidme: habéis espaciado vuestro espíritu en el campo florido, en las ruínas donde vagan las sombras de los Dioses...

BÁRB.—En el campo mismo donde Plutón arrebató á Proserpina para llevarla á los Infiernos, he recogido adormideras. He recogido las flores de esta planta humilde, consoladora. Son las flores del descanso, del olvido, del sueño... Míralas, Horacio. Miradlas en mí.

FILEM.—Y por cierto que con ellas te has engalanado graciosamente.

CORNEL.—¡Ah! sí...

HORAC.—Poseéis un arte supremo para realzar vuestra hermosura.

BÁRB.—Sí que poseo ese arte... ¡Qué lindo adorno para entrar en el reino de la eterna quietud, donde el descanso no tiene fin y el pensamiento se recrea en sí mismo... siempre, siempre!...

CORNEL.—¡Oh! no hables de morir.

FILEM.—De muerte no.

HORAC.—Vuestra juventud, vuestras gracias, pertenecen á Dios, y Dios dispone que viváis.

BÁRB.—(Excitándose.) No lo dispone. Horacio, no dispone lo que dices... No hay más camino para mí que entregarme al Destino, dejar morir al sér amado.

HORAC.—Eso nunca: vos, generosa y grande, le salvaréis por los medios que os propuse.

BÁRB.—El Destino manda que muera él, que muera yo... El y yo somos culpables. Homicida fué aquel día el Amor moviendo la voluntad de Leonardo y el brazo mío. Hoy es el amor justiciero, condenándonos á morir juntos.

FILEM.—Pero... (Horacio impone silencio á Cornelia y Filemón.)

HORAC.—Callad... (A Bárbara.) La idea de expiación, sinceramente lo digo, me parece una idea saludable. No seré yo quien os desvíe de ella.

BÁRB.—En mí se ha clavado esa idea. Desde que vino á mi mente, me sentí consolada... he visto mi liberación del tremendo castigo que querías imponerme.

HORAC.—No es castigo: es sentencia dictada por la única lógica que poseemos los humanos... ¿Qué habláis de morir? Aunque con terquedad y violencia intentéis abandonar este mundo, no será... no lo consentiremos.

CORNEL.—No lo permitiremos.

FILEM.—A la fuerza, como se sujeta á una criatura rebelde, te amarraremos á la vida.

HORAC.—Sois una existencia preciosa que á todos nos es necesaria.

BÁRB.—(Con mayor viveza y energía.) Yo os aseguro que moriré... ¿Quién podrá impedírmelo?

HORAC.—Yo, señora, yo. El tirano os prohíbe atentar á vuestra existencia; pero no que sofoquéis vuestra ilusión y acabéis por matarla... no os prohíbe el sacrificio, del cual bien puede salir ilusión nueva, más duradera que la pasada.

BÁRB.—¡Otra vez!... Déjame... Dejadme... quiero estar sola. (Se levanta; quieren contenerla; forcejea.) No estéis á mi lado... os aborrezco á todos... á tí también, Cornelia; á tí, maestro... (Se tapa los ojos.) No quiero veros. Devolvedme mi soledad... quiero estar sola.

HORAC.—Oidme, señora.

BÁRB.—Nada oigo... quiero el silencio... la soledad,

HORAC.—Yo os dejo morir, yo os permito que muráis. Mas no partiréis de este mundo sin recibir un mensaje que me han dado para vos.

BÁRB.—(Sobresaltada.) ¡Mensaje!... ¿Qué...? (Pausa. Horacio saca el librito y se lo muestra de lejos. Espanto y alegría de Bárbara, que retrocede.) Esa cruz... ese libro... es de Leonardo... es mío... (Ansiosa y suplicante, alarga las manos.) Dámelo... dámelo... (Al cogerlo, lo agasaja contra su seno.) ¡Oh, prenda dulcísima!

FILEM.—(Sin poder contenerse.) No te aflijas, hija del alma. Sabrás que...

HORAC.—(Impeioso.) ¡Silencio!

CORNEL.—No la atormentéis, señor...

BÁRB.—(Besa el libro. Desfallecida, cae en el sillón.) Es él, él mismo. Viene á mí en espíritu. (Besa el libro otra vez... lo contempla con arrobamiento.) Divino libro, divino por lo que contiene y por ser suyo... Hace un momento estabas en sus manos... en sus manos ahora yertas... En esta cruz clavó sus ojos... ahora cerrados á la luz terrenal. (Intención de abrir el libro; levanta la tapa; la mantiene entreabierta, con suave presión de los dedos...) Aquí se extasiaba su alma, prisionera del mundo... ahora libre en la eternidad... (Abre el libro y fija en lo escrito sus ojos... Lee rápidamente el primer concepto.) «Dios quiere que yo viva...» ¿Es verdad lo que leo?... ¿Estoy soñando?

CORNEL.—Vive... ¿no lo ves?

FILEM.—Y va en la peregrinación á Tierra Santa.

BÁRB.—(A Horacio.) Has sido al fin magnánimo.

HORAC.—Pretendo ser justiciero. Ayudadme, señora.

BÁRB.—(Ahogada en llanto.) ¡Oh, corazón mío, no esperabas esto! (Con emoción infantil, solicitando las caricias de Cornelia y Filemón.) Alegraos conmigo... llorad de alegría conmigo... Decidme que soy feliz, que merezco serlo.

CORNEL.—Y lo serás.

BÁRB.—Leonardo vive... y yo no moriré... (Lee.) «Abrazo vida de penitencia y expiación. Sigue mi ejemplo, amada mía... aprende de la resignación que nuestras propias culpas nos imponen...» ¡Padecer, qué triste destino!

CORNEL.—La dulce conformidad te traerá la paz.

HORAC.—Leed el fin.

BÁRB.—(Lee.) «Busca la paz. Si al ir tras ella te sale al encuentro la adversidad, acéptala con dulzura... Adiós para siempre...»

(Pausa. Queda absorta, con grande emoción. Repite el último concepto.) «*Acéptala con dulzura...*»

HORAC.—Vivid, señora, y acceded á lo que os propuse.

BÁRB.—(Repitiendo, como en éxtasis.) «*Busca la paz...*»

HORAC.—¿Vacilaréis aún?

BÁRB.—¡Oh! no sé... (Con horrible turbación, luchando con las dos ideas que se disputan su voluntad.) ¡La paz... la adversidad...! No sé... (Entran Montanari y Silvio. Para hablar con ellos, Horacio se aparta de Bárbara.) No sé, no sé...

CORNEL.—¿Qué determinas?

FILEM.—¿Qué sientes?

BÁRB.—(Apretándose las sienas.) Una duda... quiero... no quiero... un dudar horrible... siento... no sé... como si estuvieran aquí los ejes del mundo y se movieran... La paz... la adversidad... El mundo se cae... el mundo se sostiene...

FILEM.—Decídetes.

BÁRB.—(Recordando lo que ha leído.) No rechaces la adversidad... acéptala con dulzura...

HORAC.—(Aparte á Montanari.) Di á Monseñor que prepare todo...

MONTAN.—Creo que nada falta ya en la capilla.

SILVIO.—El Príncipe está aquí.

HORAC.—Que entre. (Vase Silvio por el foro.) ¡Supremo instante! (Vuelve junto á Bárbara. Aparece Demetrio en la puerta del foro, seguido de Silvio.)

ESCENA ÚLTIMA

LOS MISMOS.—DEMETRIO, SILVIO, MONTANARI, ROSINA,
SERVIDUMBRE DE TÉRMINI.

HORAC.—Señora, el magnánimo Príncipe de Candía viene á solicitar vuestra mano. Dad con vuestro consentimiento un día feliz á estos leales amigos, que os adoran, y á la noble ciudad que os vió nacer. (Avanza Demetrio. Bárbara se levanta sostenida por Cornelia. Su actitud es grave, de intensa emoción serena. Vuelve el rostro hacia Demetrio y le mira fijamente, sin expresar ningún temor.)

DEMET.—(Turbado, tembloroso.) Bárbara... mujer... señora... aquí está Demetrio Paleólogo, el hombre sencillo, áspero, que anhela ser tu esposo... No te inspiren miedo mi fealdad, ni mis modales rudos, ni el oscuro color con que han pintado mi rostro los aires del desierto y de la mar...

BÁRB.—(A Horacio, con voz queda y dulce.) El rostro sombrío de la adversidad ya no me causa miedo.

DEMET.—El amor que me llama hacia tí, más es para sentido que para expresado... No sé decir ternezas... no sé poner en mis palabras la miel de la galantería... Ante tu hermosura, ante la nobleza de tu persona, soy torpe... tímido... ya lo ves... Amar sé... no sé enamorar... Pero á falta de términos floridos, te ofrezco un corazón sencillo y bueno... un propósito firme de hacerte la vida grata, dichosa.

BÁRB.—(Con idea fija.) «*Adversidad, bien venida seas.*»

DEMET.—Toma este corazón, toma esta voluntad mía, que no tiene más que dos anhelos: ser tu señor, ser tu esclavo.

BÁRB.—(Alarga su mano lentamente hacia Demetrio. Con expresión grave y actitud de éxtasis, la voz apagada y trémula.) Busco la paz... Al encuentro me sales tú... te aceptó con dulzura. (Demetrio toma la mano de Bárbara y la besa con profundo respeto.)

HORAC.—(Expresando con la mirada y gesto el orgullo y la alegría del triunfo.) ¡Ah, victoria, ya te tengo, ya!

DEMET.—¡Mía es ya la diosa, la estatua viva!

BÁRB.—(Abrazando á Cornelia.) Deme Dios conformidad; deme fortaleza.

HORAC.—Monseñor espera en la capilla... (Impaciente.) Vamos... (Entran por el foro diferentes personas de la servidumbre; lacayos con librea, criadas.)

DEMET.—Antes de amanecer partiremos en una hermosa nave.

BÁRB.—Sí. Llévame al mar grande... al ancho espacio del mundo.

HORAC.—(Impaciente.) En marcha... pronto. (Oyese el coro de peregrinos que van al Calvario. Quedan todos suspensos. El coro avanza con ritmo grave.)

CORNEL.—(A Bárbara.) Son los peregrinos que van á Tierra Santa...

HORAC.—Vamos. (Demetrio da la mano á Bárbara. Marchan lentamente hacia la capilla. Siguen Cornelia, Montanari, Silvio, servidumbre. Avanzan acomodando el paso al ritmo del coro. Bárbara estrecha contra su seno el librito de Leonardo.)

FILEM.—(A Horacio, que al otro extremo del proscenio contempla el desfile.) Admirable, señor. Sois el supremo gobernante.

HORAC.—Artista, Filemón; artista no más.. (Recorrida la mayor parte del proscenio, Bárbara se detiene, eleva sus ojos al cielo, oyendo el coro. Disminuye la intensidad de las voces.) Seguid. (Siguen hacia la capilla. Horacio termina la frase interrumpida.) **Entretengo los ocios de mi tiranía modelando con la miseria humana la estatua ideal de la Justicia,**

FIN DE LA TRAGICOMEDIA

